

LOS DEPORTES EN EQUIPO UN MUNDO HECHO EN INGLÉS*

Claudio Véliz

A diferencia de lo que suele pensarse –sostiene Claudio Véliz en estas páginas–, el origen del deporte moderno y de su máximo símbolo, los Juegos Olímpicos, no se encuentra en su remoto antecedente griego, sino en la Inglaterra victoriana de la revolución industrial. Ahí y entonces no sólo se inventaron los que hoy son los deportes más populares, sino que, además, se inició y codificó la práctica de muchos otros. Las asociaciones de obreros con fines deportivos en las grandes ciudades industriales, como compensación de las comunidades humanas que se habían dejado atrás al emigrar de sus cam-

CLAUDIO VÉLIZ. Ph. D. en Historia, The London School of Economics. En la actualidad es profesor emérito de sociología de La Trobe University (Australia); y es profesor de Historia e la Boston University (EE. UU.). Director de The University Professors, Boston University (EE. UU.). Sus obras más conocidas son *Historia de la Marina Mercante de Chile* (Santiago: Ediciones de la Universidad de Chile, 1961); *The Centralist Tradition of Latin America* (Princeton: Princeton University Press, 1980); y, más recientemente, *The New World of the Gothic Fox, Culture and Economy in English and Spanish America* (Berkeley: University of California Press, 1994). Entre sus últimos artículos publicados por *Estudios Públicos* están “Simetrías y divergencias en la historia de Argentina y Chile”, “Un mundo ‘Made in England’” y “El Nuevo Mundo: Gesta menor del momento castellano”.

* Conferencia pronunciada en el Centro de Estudios Públicos el 22 de agosto de 1996, en el marco del seminario “Deportes griegos e ingleses”. La presente versión corresponde a una transcripción editada por revista *Estudios Públicos*. Veáanse en este mismo volumen la conferencia de Alfonso Gómez-Lobo “Las Olimpiadas en el mundo antiguo” y el coloquio “Deportes griegos e ingleses” en el que participan ambos expositores (Claudio Véliz y Alfonso Gómez-Lobo), junto a Arturo Fontaine Talavera y Ernesto Rodríguez Serra.

pos y aldeas, se funden con los principios de *fair play* provenientes de las clases altas y de la figura del *gentleman* para generar un concepto de deporte inexistente en la Antigüedad clásica.

Quiero partir agradeciendo expresamente al Centro de Estudios Públicos esta oportunidad que me ofrece de conversar con ustedes y con mis distinguidos colegas aquí reunidos, acerca de un tema que me ha interesado durante mucho tiempo, quizá desde un punto de vista algo diferente de lo usual: no excesivamente original, pero diferente. Trataré de abordar cuatro temas, y brevemente, porque cada uno de ellos podría tomar una semana. Primero voy a hacer una descripción de los orígenes de lo que considero es, específicamente, el deporte moderno. Luego voy a dedicar unos muy pocos minutos, quizá segundos, a ventilar uno de los conceptos tal vez cruciales de esta manera de hacer deporte. A continuación haré un análisis, audaz si ustedes quieren, o tal vez no tan audaz, sociológico, de lo que tenemos entre manos, y voy a terminar con un recuento sucinto de las circunstancias que conducen a la resurrección de los Juegos Olímpicos, hace cien años. Ese es más o menos el cuadro. Y, desde luego, voy a dejar muchas puertas abiertas para preguntas y objeciones.

Lo más sencillo será tratar la cuestión de los orígenes del deporte moderno no sin antes citar a quien ha sido calificado como el mejor filósofo del siglo, y que sin duda es uno de los más influyentes: Wittgenstein. Cuando tuvo que enfrentarse con el problema de definir o describir el significado de algo, en este caso específico de una palabra, su respuesta fue “el significado de una palabra es su uso”. Uno puede decir, por ejemplo, lo estoy pasando *bomba*, y va el diccionario de la Real Academia y no entiende qué diablos está pasando, porque el significado de la palabra, en realidad, está en el uso que se le da a esa palabra. Voy a extender a los deportes este concepto de significado como uso, planteando lo siguiente: me parece que hoy día, aparte de los ritos de paso, o de pasaje, y aparte de las funciones biológicas que todos tenemos que satisfacer, es muy posible –estoy convencido de ello– que la actividad humana más popular y difundida sobre la faz de la Tierra sea aquella a la que acostumbramos poner esta etiqueta: deporte. Y ni siquiera el deporte en general: creo que si nos atenemos exclusivamente al fútbol, al voleibol y al básquetbol, hay allí reunida por lo menos una inmensa pluralidad del género humano, si no la mayoría. Si agregamos el tenis, el golf, la alta montaña, el esquí, todos los demás deportes, me parece que sin ninguna duda encontraremos que agrupan a la mayoría absoluta de la humanidad. Desde el punto de vista de que el uso es lo que

da significado, uno puede decir entonces que ésta es una de las actividades significativas de la vida moderna. No importa que a uno eso le guste o no, o que lo considere perder el tiempo o, en fin, que le haga todo tipo de objeciones, pero ya que es una actividad que mucha gente realiza con gusto – porque a nadie o a muy poca gente la obligan a practicar deportes–, algo que se hace sin compulsión, entonces vuelvo a Wittgenstein y digo: esto significa, esto tiene significado, es algo que vale la pena explorar.

Podríamos abundar sobre este punto y llamar la atención, por ejemplo, acerca de que el deporte es de las pocas actividades que merecen sección aparte en todos los periódicos y noticieros del mundo. Algunos muy prestigiosos carecen de sección financiera, pero a ninguno le falta una sección de deportes. Déjeme agregar algo más: la influencia del deporte en la manera de vestir. Reflexionaba yo hace poco, mientras perdía el tiempo en un aeropuerto esperando la conexión con otro avión, mirando a la gente que pasaba en todas direcciones, que cuando a mí me tocó nacer y crecer entré a un mundo en el que los niños estaban vestidos de gente grande, con ternitos de marinero, corbata, zapatos de charol. Y ahora, me decía, vivo en un mundo en el que los viejos andan todos vestidos de niños chicos... Pero, claro, vestidos de niños chicos en formas que evidentemente tienen su origen en algún deporte; todo el equipo de vestuario de cualquier grupo de personas que pasan por un aeropuerto –gorros, mochilas, zapatillas, ese tipo de cosas– se ha originado en una u otra clase de deporte. Y así, es posible seguir desarrollando largamente este tema de la importancia y significación del deporte en la vida moderna. Una pregunta oportuna, entonces, y justa, en mi opinión, es cuándo empezó esto y cuál es el carácter de tal deporte.

I

Y aquí viene mi primer tema. Porque a propósito de las Olimpiadas se ha dicho mucho que el origen de todo esto está en la Grecia antigua, y qué más demostración de ello que en 1896, en Atenas, el Barón de Coubertin... etcétera, etcétera. Voy a defender una tesis que no es inmensamente original: la tesis opuesta, si se quiere. No: el origen del deporte moderno está en Inglaterra, y el deporte moderno es un subproducto de la revolución industrial, que no tiene –noten estas palabras– nada que ver con las Olimpiadas clásicas, con el deporte clásico.

No se trata de un fenómeno un poco diferente, sino de otro fenómeno, totalmente diferente. Veamos. Voy a tomar algunos pocos ejemplos de orígenes factuales de deportes que parece que vinieran de la antigüedad

griega. Fijémonos en uno de los deportes que mencionó el otro día Alfonso Gómez-Lobo, aquí mismo, en esa interesante y elocuente presentación que hizo*. Nos recordó que en el pugilismo clásico se había llegado a atenuar la brutalidad del evento prohibiendo que se le sacaran los ojos al contrincante, y que se le mordiera, aparte de lo cual todo lo demás estaba permitido. Pues bien, hay una diferencia definitoria con el caso del pugilismo inglés, del que sabemos que hasta el siglo XVIII fue harto brutal también. Pero a mediados del XVIII se inventa en Inglaterra el guante de boxeo, que tiene por objeto no dañar al adversario. Se empezaron a usar guantes de boxeo y mucho más tarde, unos ochenta años más tarde, las famosas reglas del Marqués de Queensberry, que fueron aceptadas desde luego en Inglaterra, pasaron después a regular el pugilismo mundial: son reglamentos a evitar machucar al adversario en forma innecesaria. Ese es el más brutal de los deportes que parece haber sobrevivido desde la antigüedad griega, el pugilismo: un tipo machacando a otro. La diferencia está en que la versión moderna, tomada de Inglaterra, atenúa el impacto primerizo del golpe hasta desvirtuarlo casi por completo, y ustedes seguramente han visto cómo hoy día en las Olimpiadas los púgiles incluso llevan cascos, los *rounds* son muy cortos, en fin, de ninguna manera se pretende ultimar al pobre adversario. Hay muchos otros ejemplos por el estilo: voy a seguir con esto, y un poco más adelante veremos el caso de los deportes en equipos.

Y si tomamos un deporte, como el esquí, al parecer tan obviamente asociado con una región del mundo y con la práctica de uno o dos pueblos, lo menos que diríamos es que seguramente se trata de un deporte inventado por los suecos o los noruegos, o bien por los suizos. Pero resulta que es una invención inglesa. Los suizos, los suecos y los noruegos han estado esquiando durante siglos, pero nunca como deporte: para ellos el esquí era un medio de transporte que les caía tan gordo como le podría caer a cualquiera, como el tener que transportarse en bicicleta, pero no era un deporte. La sistematización del esquí como actividad deportiva tiene el sello inconfundible de su origen inglés. Incluso la primera gran competencia alpina, combinación de carreras de *slalom* y *dawnhill*, descenso, lleva el nombre de Lord Roberts, primer Conde de Kandahar, que lo inventó en la India. Desde allí viajó por todo el mundo y llegó hasta Chile. No sé si se disputa todavía, pero cuando yo era chico existía el Kandahar de los Andes. Pero el primer reglamento del *slalom* en el mundo, y eso que *slalom* es una palabra noruega, imagínese, es el que fue publicado en un anuario de los Public Schools

* Véase Alfonso Gómez-Lobo, "Las Olimpiadas en el mundo antiguo", Estudios Públicos, 65, verano 1997.

Alpine Sports, de Inglaterra, por ahí por 1920; tan tardío como eso. La sistematización del esquí como actividad deportiva es, prácticamente sin excepción, durante sus primeros cincuenta años, de manufactura inglesa – Estados Unidos tuvo muy poco que ver con esto. Ingleses que visitaban la India, ingleses que iban de turismo a los Alpes, cosas de ese orden. El club de esquí más antiguo del mundo está en Australia, que no es un país de esquí, pero sí uno de aquellos donde se recibe más directamente esta influencia inglesa.

Hace pocos días, creo que el 13 de agosto, un grupo de cuatro chilenos llegó a la cima del K2, la segunda montaña más alta del mundo. Pero los seres humanos han estado subiendo cerros desde el comienzo de la historia –y odiando hacerlo.

Ya en los albores del Renacimiento –y ojalá el profesor Gómez-Lobo me respalde–, por primera vez se alcanzó con placer la cima de una montaña: el famoso caso de Petrarca, que entrega un informe placentero y dice que no estuvo mal. Pero no tuvo seguidores. Y hasta el siglo XVIII, comienzos o mediados del XVIII, a las montañas se las seguía considerando excrecencias, verrugas espantosas en la superficie de la Tierra. Nadie quería tener nada que ver con ellas, había que alejarse de las montañas y lo peor que le podía pasar a alguien era tener que hacer un viaje y verse en la obligación de cruzar montañas. Pues bien, a fines del XVIII, comienzos del XIX, los ingleses descubrieron lo sublime que era subir montañas –que es una dimensión del romanticismo, por supuesto, y en lo cual no voy a entrar en estos momentos. Los primeros ascensos deportivos fueron efectuados por ingleses, uno de cuyos nombres es el de Sir Alfred Wills, quien subió al Wetterhorn, en Suiza, en 1854. Y el primer club alpino para subir con ropas y equipos, piolé, trampones, todo ese tipo de cosas, fue un club alpino inglés fundado en Londres. Y podría seguir dando innumerables detalles acerca de esto...

Nadar. Hemos estado nadando desde siempre. Hubo incluso un célebre cruce del Helesponto por Lord Byron. La gente nada, se tira al agua, se da baños de mar, en fin... Pero como deporte, la natación se origina, también, en Inglaterra. A nadie se le había ocurrido hacer carreras en el agua, es decir, “correr” de allá para acá en el agua y medir el tiempo y todo eso. Los ingleses comenzaron fundando una federación de natación y construyeron las primeras piscinas, cosa que cobró auge en Australia, donde un australiano de nombre Richard Cavill inventó lo que nosotros llamamos estilo libre. Y cuando lo inventó rompió el récord mundial de las cien yardas, inolvidable marca del año 1900. O sea, estamos ante una invención muy reciente que lleva, de nuevo, el imprimátur de Inglaterra.

El polo. Un deporte que ya ha sido mencionado aquí. Y claro, se lo ha jugado en la India desde la antigüedad clásica, pero su sistematización como deporte también fue tarea de los ingleses.

El hockey. Chile podría pretender estar en los orígenes de este deporte, habría que ver los antecedentes, pero creo que de ninguna manera somos más antiguos que los persas, que también lo jugaban. Todo el mundo ha jugado hockey en la antigüedad, porque eso de pegarle a una pelota con un palo chueco es una cuestión de alternativas limitadas en antropología social: es mucho más fácil pegarle con un palo chueco que con uno derecho, de modo que por todas partes hay algo que se parece al hockey. Pero la sistematización y reglamentación del hockey son de nuevo inglesas y prácticamente no han variado desde que las inventaron.

Y aun otros deportes, como el tenis, el “tenis real”, que ya jugaban Enrique VIII, en Hampton Court, y los reyes franceses... Pero ese tenis tiene muy poco que ver con el deporte del *long tennis*, que es una invención inglesa sistematizada por ingleses y lanzada, digamos, a su existencia universal por los ingleses. Acabo de descubrir, al leer la traducción de un artículo mío publicado por la revista del Centro de Estudios Públicos* –no es un dato que me sepa de memoria–, que en 1877 se jugó el primer campeonato de Wimbledon, que en realidad ha seguido siendo la Meca del tenis mundial.

Y así sucesivamente.

Pero si hay un deporte realmente viejo, del que no cabe la menor duda de que todo el mundo lo ha jugado alguna vez, es eso de darle patadas a una pelota, en un terreno más o menos grande, hasta llevarla al otro extremo. ¿Cuál es el origen del fútbol moderno y por qué interesa esto? Bien, el fútbol moderno se originó intencionalmente. No fue un accidente. La decisión se debió al director de una de los más famosos *public schools* –o sea de un colegio privado, aunque los ingleses los llamen públicos–, el Rugby School, un tipo muy eminente: el doctor Arnold. Este personaje, que ha sido objeto de gran atención biográfica, fue el padre de Matthew Arnold, el pensador que escribió un famoso ensayo sobre cultura y anarquía, una especie de lectura obligada para cualquier persona interesada en estos asuntos en su nivel más general. Pues bien, el doctor Arnold estableció, para su entender, una relación funcional entre la práctica del deporte y la entereza del carácter de un ser humano. El creía, y quizá tenía toda la razón, que la práctica de un deporte, y ya veremos de qué tipo de deporte, ayudaba a formar el carácter, y que la adquisición de conocimientos en un colegio

* Un mundo ‘Made in England’”, *Estudios Públicos*, 52 (primavera 1993).

era muy importante, pero que más lo era formar el carácter de los alumnos; y para formarlo, el mejor método era la práctica del deporte: de un deporte en el que tuvieran que comportarse de un modo compatible con un marco de referencia ético, moral, bastante claro.

II

De esto sale el segundo tema que quiero tocar y que se refiere al espíritu en el que estas actividades físicas emergen al mundo moderno. Tiene mucha relación con la palabra deporte, *sport*, que en inglés es de una extraña etimología: puede ser “mutación”, por ejemplo una mutación genética es un *sport*; un fenómeno de esos con tres cabezas que había en la Quinta Normal dentro de un frasco de formalina puede ser un *sport*. Pero el modo como los ingleses le amarraron la palabra a esta actitud, a esta disposición ética y moral, es tan única, que resulta intraducible. Pareciera que deporte fuese otra palabra, pero viene directamente de *sport*. No hay ninguna lengua a la que *sport* pueda traducirse por completo porque es una invención inglesa, y una invención inglesa que está amarrada a un concepto de comportamiento que es muy especial.

Aquí me referiré a algo que el profesor Gómez-Lobo ya tocó desde el otro lado, del lado de la antigüedad griega: me pareció fascinante esa parte de su explicación cuando dijo que en Grecia llegar segundo no tenía valor: o se ganaba o se perdía. Ahí hay otra cosa que es un poco como lo de los guantes del boxeo, porque la idea de *sport*, la idea de deporte nacida en Inglaterra, enraizada en ese momento en la cultura victoriana y en la revolución industrial, es exactamente lo opuesto. Lo importante es jugar este juego, este partido, practicar este deporte de la mejor manera posible, y no si gana o se pierde. Lo importante es jugar correctamente. Es mucho mejor jugar correctamente y perder, que hacer trampas y ganar. Ganar es un fin instrumental, en el sentido de que no es un fin absoluto. Lo que importa es jugar bien. Tanto es así que no hay que esmerarse demasiado, con demasiada energía, con demasiado celo. Hay que ponerle mucho empeño, pero no demasiado. *Avoid excess*, evitar los excesos, ¿de dónde viene esto? De no dejarse llevar por el entusiasmo a tal punto que uno diga “una trampita chica aquí, una inyeccioncita acá...”

La idea –y esto es conjetura, bien fundada, creo, pero abierta a objeción– me parece eminentemente compatible con la definición de un *gentleman*, de un caballero. Caballero no es una muy buena traducción de *gentleman*, que es en realidad hombre gentil; la etimología de ambas palabras es bastante decidora, porque *gentleman* es tanto una persona de origen noble,

de buen origen, de alcurnia, como una persona que se comporta con mucha delicadeza y es muy amable. Pero caballero significa una sola cosa: un tipo a caballo. Así que el paralelo entre ambas palabras se presta a matiz, a interpretación. Pero haciendo esa salvedad, cuál es el entendido en ese momento cultural de la historia inglesa: alguien que no necesita ponerle demasiado empeño, alguien que puede tomarlo con cierta tranquilidad, alguien que puede dedicarse a jugar el golf, el polo, incluso a pelear, pero porque le gusta. Le gusta: la motivación principal de esta asociación hombre-actividad deportiva es que le gusta, lo ama. Es un *amateur* del deporte, y por eso lo practica.

Hay una diferenciación bastante interesante entre los que practican el deporte porque les gusta y los que lo hacen por razones profesionales, algo que se refleja en el deporte sagrado de esta tradición cultural, que es el cricket, ustedes saben, tipos vestidos de franela blanca, en que hasta hace muy poco los partidos se jugaban entre lo que se llaman *gentleman*, caballeros, y jugadores, *players*. Y los jugadores eran pagados. Y los *gentleman* eran *amateurs*. Esta noción de amateurismo que virtualmente colorea las Olimpiadas, voy a llegar a ello en un momento, viene de aquí. Como el concepto de deportes, *sports*, que es intraducible a otros idiomas.

III

Tercera parte. ¿Cuál es la significación sociológica, si es que tiene alguna, de este fenómeno, y por qué digo que está enraizado no sólo en el momento victoriano sino en la revolución industrial, y cómo asocio esto con los juegos de equipos? ¿Cómo se ata, en suma, cómo se conecta este proceso que he estado describiendo sucintamente, a una visión o explicación sociológica?

Uno de los pocos conceptos sólidamente establecidos en la sociología clásica y en la contemporánea, la nuestra, es la distancia que media entre una sociedad *gemeinschaft* y una sociedad *gesellschaft*, que es la distancia entre una comunidad y una asociación; no hay traducción muy buena para *gemeinschaft* y *gesellschaft*, pero eso se acerca. O sea, la sociedad tradicional, la sociedad en San Vicente de Tagua Tagua o en Pitufquén, hace cien años, es una sociedad *gemeinschaft*; y la sociedad del corazón de Santiago, hoy día, es casi toda *gesellschaft*.

Podríamos pasarnos un mes precisando la diferencia entre ambas, pero, brevemente, la sociedad tradicional es aquella a la que uno pertenece aunque no quiera. Uno nace en una religión, en un idioma, en una región, en una familia. Después uno puede cambiar de nacionalidad, de apellido, hacer

todo tipo de cosas, pero es imposible cambiar el hecho de haber nacido en esa religión, en esa ciudad, en esa familia. La sociedad *gesellschaft*, y ojalá mis colegas sociólogos me perdonen porque sé que se trata de algo más complejo, es una sociedad a la que uno no pertenece, por más empeño que le ponga; una sociedad anónima, por ejemplo: uno compra acciones en una sociedad anónima y asiste a las reuniones de accionistas, uno se hace miembro de un club filatélico, se hace estudiante de una universidad, se hace bombero en una compañía... Son todas asociaciones que se acercan al original de la comunidad tradicional, pero no lo son, y no hay caso, no pueden serlo, por más que los miembros de ese club sean como los dedos de una mano y jueguen todos el mismo deporte y sean como los colocolinos.

Y ocurre que la primera víctima del proceso de modernización industrial –esto también es sociología clásica– es la sociedad tradicional: por la movilidad de todo tipo de factores, es lo que cae primero, lo que desaparece primero, y se genera una sociedad en la que, como dice Peter Berger, uno está rodeado de gente que no conoce. En la sociedad tradicional uno vive rodeado de gente que conoce: todo el mundo sabe quién es uno y uno sabe quién es todo el mundo. En la sociedad moderna, industrializada, no nos conocemos.

Conscientes del dolor de este proceso, porque es un proceso sumamente traumático, atormentador, terrible y, sin proponérselo –simplemente porque así es la naturaleza de las cosas, me imagino, porque no hubo ningún sociólogo inglés que dijera “esta es la manera de resolver el problema”–, sale de la cuna de la revolución industrial, de las primeras regiones que sufrieron la destrucción de la sociedad tradicional, sale, digo, esta cosa rarísima, nueva, *sui generis*, que se llama el deporte. Deporte que en su fase más popular puede llevar nombre y apellido, y se los voy a poner inmediatamente: en el caso de Inglaterra, el fútbol, y en el de Estados Unidos, el básquetbol y el voleibol. Voy a entrar brevemente en ellos, antes de pasar a mi último capítulo.

El fútbol, originado en el Rugby School con en el afán didáctico de formar el carácter de los alumnos, como les decía hace un momento, empezó a viajar y fue adoptado por grupos de obreros en las ciudades industriales del “país negro” de Gran Bretaña, donde estaba el foco de la revolución industrial.

Dicen que el inventor del rugby fue un chiquillo, también del Rugby School, que tomó la pelota y corrió con ella. Hay una placa de bronce en el colegio para recordar al que inventó un nuevo juego sencillamente porque agarró la pelota, corrió con ella y metió el gol. Un nuevo juego que implicó, por cierto, una separación del fútbol. El fútbol se fue por un lado y el rugby

por otro. Y, a propósito del rugby, hubo una temprana división entre lo que se llama hoy día *rugby union*, jugado por *amateurs*, principalmente en colegios privados y universidades y el *rugby league*, que comenzó a jugarse en las ciudades industriales, en especial entre mineros.

La rápida popularidad del fútbol entre los obreros condujo a la formación de los primeros clubes, especialmente a través de la región industrial inglesa. ¿Y qué ocurrió entonces? Voy a exagerar un poquito, porque si no, nos pasaríamos toda la noche en esto. Esa gente, obreros, seres humanos que por una u otra razón han sido desplazados de las áreas agrícolas que habitaban hasta anteayer –ellos, o sus padres, o sus abuelos– están ahora solos. Fueron desplazados, positiva o negativamente, ya sea por la reforma agraria o la redistribución de la tierra que tuvo lugar a fines del siglo XVIII, o porque los salarios de las zonas industriales los atraieron desde el campo. Pero el hecho es que todos ellos prácticamente formaban una sociedad de hombres, con pocas mujeres y sin parientes. Iban solos o con su familia inmediata, pero no con todo el resto de la familia. Había dispersión: unos iban para acá, otros para allá, y durante la semana vivían vidas relativamente aisladas del vecindario y relativamente aisladas en el trabajo. El trabajo se acercaba un poco a lo que ustedes habrán visto en *Tiempos modernos*, de Carlitos Chaplín, ¿no? La naturaleza del trabajo industrial los aislaba de sus congéneres y sufrían lo que los sociólogos llaman anomia, y alienación, y todo ese tipo de cosas. Sin embargo, durante tres horas, todos los sábados en la tarde, se restauraba la comunidad tradicional hasta donde era posible: por tres horas estaban rodeados de gente como ellos, que sentía, con pasión, la necesidad de apoyar a este equipo contra el otro, y se sentaban, se paraban, se mojaban, porque ahí llueve todo el tiempo, y era terrible pero fantástico porque gritaban y pifiaban y, por tres horas, se sumergían en una comunidad que era tan plausible como era posible inventar una comunidad...

Poco a poco esto se va transformando, y uso las palabras con cuidado, y con respeto, en una especie de comunión: una especie de ceremonia semanal en la que uno se junta con sus congéneres a practicar un rito que unifica. Una especie de comunión, de restauración de la comunidad, que responde en forma directa a la situación generada por la revolución industrial.

¿Qué tiene que ver la palabra *sport* en esto? Ocorre que esa comunidad no puede ser una comunidad inmoral, no puede ser una comunidad desalmada, no puede ser una comunidad ni primitiva ni bárbara. Debe tener algún esquema, algún cuerpo de reglamentos que la mantenga dentro de ciertos límites –porque lo extraordinario de la actividad deportiva del siglo XIX y comienzos del XX es que se mantiene dentro de ciertos límites. Y aquí viene esa cosa instintiva o intuitiva de los creadores del concepto de

sport y de los formadores de estos primeros equipos, que es absorber el ideal, proveniente de la clase alta, del caballero. Del caballero que lo hace porque quiere, que no hace trampas para ganar y todo lo que explicábamos recién. Es así como este ideal se introduce en el cauce del principal fenómeno deportivo del mundo; no sólo de Inglaterra, sino del mundo. Es decir, el deporte debe ser una actividad *amateur*, no debe haber trampas, hay que practicarlo honestamente, etcétera: jugar el juego pero sin necesidad de cometer crímenes para ganar. Ideas que proceden también del deseo casi instintivo de recuperar la comunidad tradicional, de acuerdo a como era imaginada –porque esa comunidad tradicional tampoco fue nunca tan casta, honesta y amable, fue bastante brutal, pero se trata ahora de una comunidad tradicional *imaginada* en un momento en que se necesitaba un paliativo para el doloroso derrumbe de los valores.

Veamos ahora los casos del básquetbol y el voleibol. Fue en Londres donde se produjo primero una asociación entre dos conceptos estimados reanimadores, positivos, benéficos, dentro de la tarea social. Cristianismo y deporte. El cristianismo en cuestión fue principalmente el de corte metodista, y les refresco la memoria: el metodismo de Wesley es un fenómeno de las últimas décadas del siglo XVIII, está por tanto especialmente ligado a la revolución industrial, y se basa en un código de conducta muy austero, muy positivo, de una buena vida cristiana interpretada por supuesto desde el punto de vista cristiano. Y este metodismo se asoció con la práctica del deporte, creando lo que los ingleses llamaban *muscular Christianity*: un cristianismo muscular, si acaso termina siéndolo, que tiene que ver con el deporte y con todas esas virtudes que ya he mencionado.

Tal asociación de conceptos generó, no directamente pero estaba gestándose, como quien dice, el establecimiento de ciertas instituciones que viajaron a todo el mundo. Una, principalísima, se llama Asociación Cristiana de Jóvenes, YMCA, fundada en Londres durante la segunda mitad del siglo XIX; después viene, por supuesto, la Asociación Cristiana Femenina. La así llamada YMCA estuvo siempre asociada con un gimnasio y con las actividades consiguientes. Viajó a América del Norte, se repartió por todo Estados Unidos y Canadá, llegó hasta Australia, y a Francia, Alemania y, en fin, al resto del mundo. Y fue en Estados Unidos, específicamente en Massachusetts, donde tuvo que afrontar un problema bien objetivo: que durante el invierno el hombre de trabajo no podía practicar ningún deporte como el fútbol o el rugby, que requieren de espacios al aire libre, porque había dos metros de nieve. ¿Y qué hacía el hombre de trabajo en dos metros de nieve? El esquí todavía no se había popularizado ni otros deportes para la nieve. Pero era muy importante practicar deportes y no se podía pasar todo

el invierno sin ellos. Entonces la Asociación Cristiana de Jóvenes, abocada a resolver este problema, dio con un par de soluciones. Una en Holyoke, la otra en Springfield. En 1891, año de la guerra civil chilena, inventa el básquetbol. Y en 1895, el voleibol.

Hoy día el básquetbol y el voleibol son, pero lejos, las dos actividades sociales más populares en China. Hay más chinos jugando voleibol hoy, que habitantes en Estados Unidos cuando se inventaron estos deportes.

Es decir, las actividades sociales más populares del mundo tienen su origen en los valores y conceptos que he estado mencionando.

V

Vamos ahora a la resurrección de los Juegos Olímpicos.

Esta disposición de ánimo, esta actitud, este acercamiento a los problemas de la revolución industrial, que les he descrito en forma casi caricaturesca, tuvieron repercusiones internacionales en Chile, en Argentina, en todo el mundo: a la gente le gustaban estas actividades. Y las repercusiones internacionales vinieron prácticamente a ahogar, o por lo menos a postergar, una visión alternativa de las cosas, que también tenía en su corazón lo deportivo. No la había mencionado, pero creo que ahora viene al caso: me refiero a que en los años 1820, 1830, primera mitad del siglo XIX, partieron en Escandinavia y Alemania una serie de asociaciones de gimnastas, de gimnasia colectiva, que empezaron a cumplir el mismo papel de las actividades deportivas que les he mencionado, con el cariz de entidades mediadoras para una comunidad que se estaba disolviendo. Pero tenían una diferencia fundamental con las iniciativas inglesas, y es que aspiraban a mantener cuerpos de jóvenes bien entrenados para la guerra: era un entrenamiento militar, no en cuarteles o regimientos, pero aun así dicha gimnasia era la excusa para tener una juventud, en edad de cargar armas, muy bien preparada físicamente.

El primer campeonato de atletismo de los tiempos modernos fue organizado por la Royal Military Academy, en el arsenal de Woolrich, en 1849, precisamente con la misma intención, pero alcanzó apenas a durar dos años. ¿Por qué esto no cuajó en Inglaterra? Tal vez porque era incompatible con el espíritu del momento, o por alguna otra razón de ese orden, no lo sé. El hecho es que no prosperó. Salvo en Exeter, un colegio de Oxford, que acogió la iniciativa de tener campeonatos de atletismo y que los sigue celebrando hasta el día de hoy.

Este impacto universal de las iniciativas que habían tenido lugar en Inglaterra y que se apartaban visible y expresamente de la preparación mili-

tar, puesto que recuperaban el atletismo de lo militar y lo transformaban en una actividad *amateur*, impresionó también a un caballero que se llamaba el Barón de Coubertin. El Barón de Coubertin era uno de los muchos anglófilos europeos de esa época; la anglofilia europea, en Francia especialmente, era maciza. Bien, Coubertin leyó *Tom Brown's School Days*, un libro entretenido, escrito por un señor Hughes, del que se hizo una serie para la televisión hace un par de años: libro de vida de colegio, de formación del carácter, ambientado en Rugby. Coubertin lo leyó... y vio la luz. Para él era una especie de biblia, viajaba con él a todas partes, lo andaba trayendo siempre, dormía con él bajo la almohada. Le obsesionaba de que el doctor Arnold, en Rugby School, había resuelto el problema platónico de cómo se educa bien a un ser humano. Arnold lo había descubierto: el deporte. Y lo que quería Coubertin era descubrirlo para Francia, que había sido desastrosamente derrotada en 1871 tras la guerra franco-prusiana. Había que *rebronzer la France*, revivir la Francia, endurecerla. La manera de hacerlo: a través del deporte. Y fue a Rugby.

Hace una descripción, Coubertin, de su puño y letra, de cuando visita la tumba de Arnold. Prácticamente cae de rodillas, tiene una experiencia mística, y dice “ahí, en ese momento, me di cuenta de que yo no sólo estaba viendo en esa capilla la tumba de un gran hombre, sino que comprendí que ésta era la piedra angular del Imperio Británico; ésta es la solución a los problemas de la modernidad, aquí está, es tan sencilla”, dice, “cómo nadie se había dado cuenta antes”.

Y se lanzó entonces en su campaña para introducir los deportes en Francia, en las escuelas, en todas partes. Hasta que de repente, ¡ah!, hay que revivir los Juegos Olímpicos.

Esta idea de resucitar los Juegos Olímpicos no tenía nada de original, los daneses, los alemanes, los suecos, hasta seguramente en Calera de Tango, a alguien se le había ocurrido revivir los Juegos Olímpicos. Pero todas esas iniciativas habían fracasado, menos una que había empezado por ahí por 1839 ó 1840. Se resucitan los Juegos Olímpicos en un pueblito en la frontera entre Inglaterra y Gales: Much Wenlock. Ese pueblito había tenido olimpiadas durante cuarenta años cuando llegó a Coubertin de visita y quedó encantado, según cuenta. Esta gente realmente tiene el espíritu olímpico, dice en sus memorias. Esta es la manera de hacerlo. Ellos son los pioneros. Lo único que hay que hacer ahora es tomar la idea y aplicarla internacionalmente.

Cuáles eran los principios que tanto llamaron la atención de Coubertin: los principios que, según su entendimiento, habían motivado al doctor Arnold, y que eran el amateurismo, el conducirse como un caballero, el de

que ganar no es lo importante, sino competir. Todas las cosas que nosotros asociamos con la tradición olímpica. ¡AY que no tienen nada que ver con Grecia! Es decir, son un invento del doctor Arnold, interpretado por Coubertin. Y así es como Coubertin se puso en campaña para resucitar los Juegos Olímpicos.

Los primeros se celebraron en Grecia, pero no fueron una cosa inmensamente popular ni nada por el estilo. La participación fue pequeñísima. Y los más entusiastas en apoyar a Coubertin: los ingleses.

Los Juegos Olímpicos y el deporte moderno con el cual nosotros estamos familiarizados, a mi entender, son así un producto de nuestra época. Son una reinvencción. Desde luego, la expresión “juegos olímpicos” tiene los antecedentes que el profesor Gómez-Lobo nos explicaba en su conferencia, pero el espíritu, el contenido, la manera de proceder, se alejan mucho de juegos como los helénicos, cuya base era preparatoria para lo bélico o lo ritual. Me gustó mucho ese aspecto de su conferencia relativo a la complejidad ritual de los juegos clásicos, que era muy importante y que casi no existe en los juegos modernos. Se ha tratado de exagerar un poco la presencia de la antorcha olímpica y ese tipo de cosas, pero siento que no terminan de cuajar.

En dos palabras: el espíritu que nace a las Olimpíadas y al deporte moderno puede trazarse sin mayor dificultad a partir del impacto social de la revolución industrial, así como de la interpretación y mejoramiento de la política educacional y también de las decisiones que adoptó, *de facto* más que *de jure*, el doctor Arnold en Rugby School. □